

LA PUERTA

Pastoral Penitenciaria
Orihuela-Alicante. Nº 76
Julio 2012



**Testimonios: las familias,
las otras víctimas de la cárcel**



SUMARIO

EDITORIAL
Págs. 2/3

Entre hermanos
Pág. 4

Testimonio de la mujer
de un preso
Pág. 5

De la amistad, Internet y
otras cosas
Págs. 6/7/8

Permisos de salida
Pág. 9

Necesito pedir perdón
Págs. 10/11

Entrevista Padre Carod
Págs. 12/13

Testimonio: tengo un hijo
en prisión
Págs. 14/15/16

XIV Jornada Regional
Pastoral Penitenciaria
Págs. 17/18

Carta a mis padres
Pág. 19

Dirige:
Pastoral Penitenciaria,
Obispado Orihuela-Alicante

Colabora:
Universidad CEU Cardenal Herrera,
Elche

EL MISERICORDIOSO PASO DE DIOS POR LA CÁRCEL

Tengo el mejor trabajo del mundo. Bueno, perdón, tengo la suerte de tener una vida que me permite poder dedicar todo el tiempo que quiera a encontrarme con las personas.

Siempre quise que fuera así, siempre quise trabajar con personas, y Dios me ha regalado el poder hacerlo cada día desde que me levanto hasta que me acuesto.

Personas que acuden a la Eucaristía de la mañana, personas que están en la cárcel, jóvenes de la parroquia, niños, papás, abuelos... Personas, y en cada una de ellas, la posibilidad de encontrarnos con el otro desde una mirada limpia, abriéndonos a la posibilidad de poder aprender algo nuevo en cada encuentro, en cada conversación, abriéndonos al riesgo que significa encontrarnos con el otro y que nos muestre su dolor, su disconformidad, su angustia...

'Cada conversación es una oportunidad, tal vez única, para mostrar al otro el amor misericordioso de un Dios que ha querido pasar por la prisión'

Dolor, disconformidad y angustia que, desde la empatía, va comprometiendo nuestra existencia al descubrir que nuestro paso por este mundo, nuestra propia salvación, pasa necesariamente por compartir la vida, por desgastarla, caminando junto a aquellos que Dios nos ha puesto en nuestro camino.

Lo sabemos. A veces, los encuentros con los demás son agradables, simpáticos, fáciles... otras, no tanto. En otras experimentamos el dolor que significa saber que el otro necesita de ti y, desgraciadamente, nada o casi nada puedes hacer para liberar su tristeza y sufrimiento.

No llevo bien el tener que decir que no en la cárcel. Muchos de los internos ven en el capellán esa figura cercana a la que poder dirigirse para hablar, para compartir el dolor, para solicitar algo de ayuda o incluso acogida en las casitas que la Pastoral Penitenciaria tiene para los presos con menos recursos. Otros solo quieren que les pongas peculio (dinero), otros creen que puedes hacer funciones de jurista, psicólogo, trabajador social, educador...

Pero no, no puedo hacer muchas de las cosas que me piden. Algunos entienden que nada puedo hacer para que estén menos tiempo en prisión, que nada puedo

hacer para agilizar los procesos penales, que tal vez pueda llamar a su abogado pero eso no significa que el abogado deje de pasar de él, que puedo llamar a su madre pero no convencerla de que le ponga dinero porque sencillamente su madre está destrozada por tanto como le ha hecho sufrir, que no me resulta cómodo ni fácil personarme en un piso compartido de alguna barriada deprimida de Alicante y coger su ropa, no siempre en buenas condiciones higiénicas, y llevársela a la prisión.

Algunos se enfadan o manifiestan cierta decepción; otros me preguntan, ¿usted para que sirve?; otros entienden que al final sólo soy el cura de la cárcel.

No obstante, y a pesar de eso, si algo he aprendido en estos 13 años de capellán es que cada encuentro puede ser el último. Hoy hablo con alguien y mañana, tal vez, se lo lleven a otra cárcel; hoy alguien participó en la Eucaristía y le di la paz y esa misma noche, tal vez la muerte le sorprenda vestida de infarto, sobredosis....

He aprendido que cada conversación es una oportunidad, tal vez única, para mostrar al otro el amor misericordioso de un Dios-Amor que ha querido encarnarse y haber pasado por la prisión, ser condenado a muerte y ejecutado, porque sólo así podía entender y acompañar al hombre en su dolor, en su sufrimiento y en su prisión.

No siempre lo consigo, pero sé que ser sacerdote en la prisión es, sobre todo, ser luz. Luz en medio de la oscuridad de la indiferencia social, del juicio del egoísmo, de la violencia; luz en medio de la soledad de cada celda, en la enfermedad terminal provocada por un pasado de consumo de drogas, luz en la ceguera que les lleva a cometer delito y agredir a los otros en su dignidad, en su propiedad privada, en su honor...; luz en medio de la tempestad del abandono familiar, luz de consuelo en el dolor de las víctimas que no

entienden por qué les ha tocado a ellas; luz de Dios, luz de Cristo en medio del mundo.

Luz y esperanza para cada uno de los trabajadores de la prisión, luz para los jefes de servicios, luz para el director... y es que no puede ser de otra manera.

Los cristianos tenemos la obligación de ser testigos de la luz Pascual, porque la luz está hecha para que alumbre toda la estancia, para que alumbre la cárcel, las celdas, los corazones...

Sigo creyendo que sólo el amor de Dios es capaz de llenar el vacío más absoluto del alma, es capaz de transformar el corazón que nos tiraniza cuando es el egoísmo quien lo dirige.

Son cientos las conversaciones que he podido mantener en la cárcel; cientos, miles, las personas que han entrado en prisión; cientos las veces que he podido celebrar la Eucaristía; cientos las que he podido celebrar el sacramento de la reconciliación... muchos los encuentros, muchas las palabras, pero estoy convencido de que lo más importante de todo ello fue que, en cada encuentro, Dios se hizo amor a pesar de mi propia debilidad, Dios me consoló a mí mismo cada vez que me hacía caer en la cuenta de cuán agradecido tenía que estar por mi vida.

Dios inundó los despachos de los módulos con su misericordia, consoló a corazones muy "tocados", abrazó a los internos con su merced, decidió quedarse con ellos en cada una de sus celdas para acompañarles en sus sueños, en sus pesadillas, en sus angustias...

Le pido a Dios que me siga desinstalando de mí mismo para que sea Él, solo Él, el que a través de mi sacerdocio, siga consolando a los oprimidos, siga libertando a los cautivos, siga transformando los corazones de sus hijos, y el mío, el primero.

P. Nacho Blasco, director

ENTRE HERMANOS

Desde que comencé a formar parte del equipo de Capellanía Católica, descubro en muchos internos una realidad que me fascina

Y no es otra que ésta: en la fragilidad, en los momentos en que todo se viene abajo, desprovisto de nuestras seguridades, con sentimiento de abandono, con la autoestima tocada, con miedos, con rencores, con culpa.... Dios encuentra su espacio.

Se convierte en asidero que no falla, que está ahí; roca fuerte sobre la que edificar un nuevo futuro de esperanza y dignidad.

Entre silencios y miedos de muros y barrotes, Dios se hace fuerte y grita al corazón.

De hecho, cuánto ruido hay en la calle que no deja escuchar el silencio de Dios. ¡Cuántas cosas nos silencian a Dios!

Cuántas cosas no permiten un encuentro: el ruido, las prisas, tener la cabeza en mil sitios, tirar para adelante, el mucho trabajo o la falta de él, ir a lo mío, la enorme cantidad de partidos de fútbol, la eficacia, que Dios no cuesta dinero...

Por esto, disfruto enormemente compartiendo la Eucaristía en el salón de actos del Centro, convertida en una dignísima capilla. Donde una comunidad de internos de diferentes módulos, funcionarios, voluntarios, capellán... celebran la fiesta del Amor. Algunos con una robusta fe, otros buscándola; hay quien está deseoso de compartir sus inquietudes y hay quien tiene un nudo en la garganta.

Es una celebración sencilla entre hermanos, en la que los internos se sienten acompañados y reconfortados. Liberados todos de tener que cumplir



con un riguroso boato, la Palabra, las peticiones y la paz son compartidas en asamblea.

Los cantos le dan un color alegrote a esta fiesta, todos encuentran un espacio agradable de libertad ... y yo me siento Iglesia de Cristo; orgulloso de este compromiso de esperanza...

Y Dios sonríe con gozo al ver a su Comunidad celebrando, como buenos hermanos.

Mario Esparcia (voluntario)

LA MUJER DE UN PRESO

¡Hace un año que la vida nos cambió por completo! El 28 de marzo del 2011 a mi marido le metieron en prisión...

... por algo que dicen que hizo y estubo mal, por lo que ahora lo está pagando.

Pero no sólo lo está pagando él. En realidad lo estamos pagando todos: él, mis hijos y yo, y eso que nosotros estamos en la calle.

¿Alguna vez os habéis preguntado cómo se puede sentir la mujer de un preso?

Yo os puedo contar mi caso personal: me siento, nos sentimos –con mis hijos, abandonados y solos, completamente solos, sin el apoyo de amigos y familias.

Nos sentimos completamente desamparados y marginados, pues la gente en ocasiones suele ser cruel y no se da cuenta del daño que puede causar por sus comentarios.

¡Y es que mis hijos y yo no hemos cometido ningún delito!

'Mis hijos y yo nos sentimos solos, desamparados y marginados a pesar de no haber cometido ningún delito'

El único delito que hemos cometido es estar al lado de un ser querido, llámese marido, hermano, primo, padre o simplemente un amigo, en esos momentos tan difíciles en la vida de un preso.

Por eso yo os animo a que la gente reflexione un poco, que las personas que están en prisión no son animales, simplemente cometieron un error en un



momento determinado de sus vidas y todos merecemos ser bien tratados y sobre todo que nos den una segunda oportunidad.

M.D.C (mujer de un preso)

DE LA AMISTAD, INTERNET Y OTRAS COSAS

Hoy se cumple un año de su ingreso en prisión y como otra noche cualquiera paseaba por el patio de su módulo, poco después de cenar y momentos antes de retirarse a su celda con la intención de cansarse lo suficiente para poder dormir, aunque fuera ese par de horas que le servían de descanso para afrontar el que siempre era el mismo día siguiente

Sumido en la monotonía de unos pasos limitados por los recios muros de la cárcel, trataba de racionalizar todo lo acontecido a lo largo de la última jornada, que por lo señalado de la fecha había roto la rutina de los pasados doce meses.

Sin lugar a dudas era un día diferente, y no cabía la menor duda de que su subconsciente así se lo quería hacer saber. Era uno de esos días en los que su intrascendente importancia había provocado que esta noche no sólo le invadieran los pensamientos cotidianos, sino otros totalmente diferentes que asaltaban su mente con personas y situaciones que ya creía olvidadas, y que, sin embargo, ahora golpeaban su conciencia obligándole a repasar lo que había sido parte de una vida que no conseguía dejar atrás.

De alguna manera todo comenzó la mañana de ese mismo día, cuando sin saber muy bien por qué, había discutido con la persona con la que más se había relacionado desde su ingreso en prisión.

'Decidió que debería aprender aquel ancestral y mágico arte de la comunicación entre los seres humanos'

Sin lugar a duda ese nuevo hecho era el detonante que había propiciado el que su pensamiento le trajera el recuerdo de todas aquellas amistades que creía olvidadas, ya que en su día se desvanecieron a la misma velocidad con que cruzaba las puertas de la cárcel.

Para su sorpresa, su consciente se empeñaba en contraponer todas aquellas relaciones familiares que había sabido favorecer al

calor del trato cercano, frente a aquellas otras de amistad que había descuidado en pro de la próxima lejanía que le propiciaban las nuevas tecnologías, el magnificado universo de Internet, que te acerca a las personas con la misma intensidad que te aleja de ellos.

Sin apenas percatarse de ello, había cambiado todo el ritual de la palabra, rico en entonaciones, gestos y miradas, por la frialdad de unas letras impresas en una pantalla, que sacralizan el supuesto vínculo de unión a unas amistades con las que el chatear se había convertido en su único lazo de unión.

Un suspiro profundo, acompañado de una bocanada de aire helado, le revelaba su fracaso en el complejo mundo de la amistad; pero una leve sonrisa dibujada en su rostro le invitaba a creer en la existencia de una segunda oportunidad, y en como ésta se da en los lugares y circunstancias más inesperados, lo que le trajo a sus pensamientos a esa persona con la que había compartido infinidad de momentos buenos y malos en este último año.

En ese preciso instante decidió que debería aprender aquel ancestral y mágico arte de la comunicación entre los seres humanos, que había sido mimado durante siglos por nuestros ascendientes, y que él había perdido en pro de algo que sorprendentemente llamamos progreso, cuando en realidad lejos de hacernos mejores nos deshumaniza.

Una fría noche de enero y una pertinaz luna llena eran los testigos de su determinación, y para ello ya contaba con una persona con la que sin darse cuenta había iniciado un



camino sin retorno, dominado por el contacto directo, en el que primaban las emociones frente a la frialdad de un texto escrito.

'La cárcel, donde no se puede disponer de Internet, le ofrecía la posibilidad de hacer amistades de verdad'

Un caminar agitado, le advertía de que había tomado una decisión difícil, porque significaba exponerse al rechazo de otras personas, algo que él siempre había temido, pero también era sabedor de que quizás ese miedo le habría privado de unas amistades que, porque no creerlo así, quizás hubieran cubierto unas carencias que hubiesen evitado su ingreso en prisión.

En cualquier caso, un medio como el carcelario en el que no se puede disponer de Internet, le ofre-

cía, curiosamente, la posibilidad de, por primera vez, hacer amistades de verdad, esas a las que les cuentas todo lo bueno y lo malo, anhelando su comprensión y deseando una crítica que te ayude a mejorar, y no cometer los mismos errores una y otra vez.

Sus pasos firmes sobre el frío y resbaladizo suelo del patio, le animaban a adentrarse en una nueva realidad que le exigiría un gran esfuerzo, que seguro le merecería la pena, ya que el premio final era la amistad, algo de lo que, como había comprendido esa noche, nadie podía prescindir, por ser absolutamente necesario tanto en libertad como en prisión.

Para él ninguna persona podía permitirse el lujo de no tener a alguien en quien apoyarse más allá de la propia familia, ya que las personas somos totalmente sociales y rotundamente sociables.

'Ninguna persona puede permitirse el lujo de no tener a alguien en quien apoyarse, ya que somos rotundamente sociables'

Para una persona como él, que nunca había intentado entablar relaciones de amistad auténticas, le resultaba fantástico alejarse de la frialdad de un ordenador; la misma fascinación que le causaba el imaginarse lo que podría suponer el acercarse a la candidez de esas personas que algún día pasarían a formar parte de un círculo de amistades en el que primarían los sentimientos por encima de su interpretación.

Perdido en sus pensamientos se percató de que por la puerta de salida al patio asomaba una persona que se diri-

gía directamente hacia él, apercibiendo que en su aproximación le extendía su mano, al tiempo que le miraba directamente a los ojos.

Un acto reflejo hizo que, al encontrarse, él correspondiera el gesto de inmediato, estrechando su mano con la fuerza suficiente como para hacerles sentir el dolor que les causaba el enfado, tan grande como el placer que les producía el reencuentro.

El intenso frío del patio carcelario se diluía en el calor de una experiencia que jamás había vivido, ni podría vivir en Internet.

Esa sensación, auspiciada por dos voces que se entrelazaban animadamente entre los sonoros muros de la cárcel, anunciaban que la persona que había conocido hace un año sería el primer amigo de una serie de amistades, que estaban por llegar, y por las cuales debería luchar no sólo para conocerlas, sino sobre todo para conservarlas, en base a una relación que se fundamentará en la comprensión y el perdón mutuo.

Seguramente esta noche dormiría un poco mejor que de costumbre, y sin lugar a duda enfrentaría el día siguiente de forma muy diferente, ya que nunca volvería a vivir el mismo día siguiente.

A.G (MER)

PERMISOS DE SALIDA

¿Qué son y cuándo se conceden?

Los permisos de salida tienen como finalidad ir preparando al interno para readaptarse a la vida en libertad.

Existen dos tipos: el ordinario y los extraordinarios.

Los permisos ordinarios o los establecidos para lograr esa readaptación del preso en libertad son de carácter opcional. Es decir, que la Junta de Tratamiento del Centro, o después el J.V.P. (Juzgado de Vigilancia Penitenciaria), pueden concederlos o no dependiendo de varios factores y por un tiempo limitado.

Los permisos extraordinarios se conceden por motivos humanitarios (muerte de un familiar, enfermedad muy grave, etc.) por un tiempo a establecer y bajo medidas de seguridad, todo ello establecido por la Administración Penitenciaria o el J.V.P.

Los ya condenados, sean primerizos o reincidentes y una vez cumplida una $\frac{1}{4}$ parte de la condena (incluido el tiempo transcurrido como Preventivo) y encontrarse clasificados en 2º grado, pueden disfrutar de permisos.

Si bien la Ley establece esa $\frac{1}{4}$ parte como el tiempo a partir del cual se pueden solicitar dichos permisos, una Ley no escrita establecida entre las Juntas de Tratamiento de los diferentes Centros y los J.V.P. evita concederlos antes de cumplir la mitad de dicha condena, salvo excepciones.

Para disfrutar de los permisos de salida, amén del tiempo establecido como requisito imprescindible, el interno ha de tener buena conducta, carecer de partes o tenerlos ya cancelados (los tiempos de cancelación de estas sanciones son de 6 meses en las Muy Graves, 3 meses en las Graves y 1 mes en las Leves) y contar con una vinculación familiar en el exterior o



alguien que lo acoja y se haga responsable de él durante el permiso.

Aparte de estos requisitos, la Junta valorará que el interno haya acudido a cursos en el Centro, haya realizado estudios, detentado un destino, no haya consumido drogas y esté considerado por los funcionarios para concederle el permiso.

NECESITO PEDIR PERDÓN

¡Perdonadme!
Perdonadme por no
haber sabido pedir
perdón a tiempo.
Perdonadme por
todas las torpezas de
mi vida

Perdonadme porque no he tenido, hasta ahora, valentía para perdonarme a mí mismo y eso hizo que os hiciera a vosotros tanto daño.

Perdón, de corazón, porque me ha costado mucho comprender que hay gente que se da de corazón, de forma gratuita, sin pedir nada a cambio.

Perdón, por mis cegueras, que me han hecho ir dando tumbos.

Perdón por mis adicciones, por mi falta de voluntad, por haberme abandonado tantas veces en manos de un farsante Morfeo que me prometía sueños y placeres, y me condenó a la mayor de las desdichas.

Perdón por no haber dicho no a mis colegas, mensajeros de perdición, emisarios de la tiranía de las drogas.

Perdón, perdón de corazón, a cada una de las víctimas que fui creando en mi camino.

Perdón por no fijarme en sus caras, perdón por tanto dolor causado, por robarles la confianza en la gente, la ilusión, la sonrisa, la libertad...

'Perdón, papá y mamá, porque nunca correspondí a tanto amor como me disteis, porque nunca valoré cada abrazo, cada lágrima derramada por mí'

Perdón, porque nunca podré devolveros nada de lo que os quité, porque tal vez ni siquiera tendré la posibilidad de pedir os perdón, de deciros que no era yo quien os robó. Jamás lo hubiera hecho si no hubiera estado poseído por las drogas.

Perdón a la vida por tantos amaneceres derrochados, por tantos días desaprovechados, por todos y cada uno de los ratos

de mi vida que me fueron regalados y que yo decidí vivirlos lejos, muy lejos, en el país de la fantasía, en el país de los “malos viajes”, el de la muerte....

Perdón, papá y mamá. Perdonadme porque nunca correspondí a tanto amor como me disteis, porque nunca valoré cada abrazo, cada palabra de ánimo, cada lágrima derramada por mí...

Perdón, mamá, por perderme tantas comidas familiares, por haberte obligado a ser mi cómplice cuando desaparecía dinero o algún objeto de cierto valor.

Perdón, mamá, por robarte el sueño, por las noches que me esperaste despierta y llorabas por no saber dónde estaba.

Perdón, papá, por no escucharte, por descargar sobre ti toda mi ira y mi frustración. Perdón por todos los consejos que me diste y que yo tiré inmediatamente a la basura. Hoy desde mi cárcel he intentado rescatarlos, pero necesito que me recuerdes algunos.

Papá, mamá, perdón por haceros venir cada semana, por las esperas, por los cacheos, por los malos ratos que conlleva el que me tengáis que ver a través de un cristal y no podáis abrazarme.

Perdón por cada uno de los besos enviados por el teléfono de comunicaciones, por las conversaciones telefónicas que quedaron sin acabar ya que el valor del cariño aquí sólo es de 5 minutos, el tiempo máximo que dura una llamada e insuficiente para deciros todo lo que os quiero.

Y perdón, perdón a Dios, porque siento que desaproveché su regalo, la vida, porque no me aferré a Él cuando sentí su mano cercana y amiga.

Perdón, Señor, porque tanto dolor producido por mí en todo este tiempo no ha hecho más que perpetuar tu agonía



en la cruz. Perdón, mi Dios, porque tú eres la única droga que merece la pena consumir, el único camino que merece la pena andar.

Ayúdame, mi buen Jesús, porque sólo al haber experimentado tu eterno perdón, tu inmenso amor, he comprendido tanto daño como he hecho.

Perdón, Señor, porque al experimentar tu eterno amor, he comprendido, que desde siempre, mi única y verdadera vocación, fue amar.

Señor, ayúdame a conseguir amar cada día un poco más, un poco mejor.

Luis M. (módulo 1)

PADRE JOSÉ M^a CAROD: “MOSTRAMOS LA REALIDAD OCULTADA DE LA CÁRCEL”

El Padre José María Carod Fález es un fraile mercedario que vive en el “Hogar Mercedario” en Barcelona, donde la comunidad de religiosos vive con 10 internos que o bien están en segundo grado (de permisos), bien en tercer grado o disfrutando de libertad condicional

Su labor fundamental es la de ser el capellán del C.P. Jovenes de Barcelona además de ser el Director del Secretariado Diocesano de Pastoral Penitenciaria de la Diócesis de Barcelona desde hace 10 años.

Muchos de los internos no lo conocerán pero son muchos, cientos, los presos, que desde distintas prisiones de España conocen la voz del Padre José María, pues es el responsable de llevar a cabo el programa “Libertad a los cautivos” que todos los viernes de 11 a 12 de la noche, y desde Radio María, se cuele en muchos de los chabolos de España, y no sólo chabolos, sino también en muchos hogares, para ser y poner voz a los sin voz, a los presos, a sus familias y ponernos al día de la actualidad penitenciaria de nuestro país.

José María, ¿cómo surge la idea de hacer un programa sobre la Pastoral Penitenciaria y sobre los presos en Radio María?

Dentro del carisma propio de Radio María está la compañía a los enfermos, a los ancianos y a los presos. En cualquier país donde esté Radio María habrá un programa dedicado a los presos.

En 2006 el director de programación de Radio María me ofreció la posibilidad de dirigir ‘Libertad a los cautivos’, y desde el 23 de junio de 2006 estamos en antena. Sí que es cierto que desde entonces el programa quiere dar una visión más amplia de la Pastoral Penitenciaria de España.

¿Cuáles son los temas o apartados de los que se suele hablar en el programa?

Actualidad (4 minutos en línea editorial crítica de lo que está pasando), Palabra de Dios del domingo, oración breve, entrevistas, testimonios o documentos sobre presos, capellanes, volunta-

rios, funcionarios, educadores, abogados, canciones, tertulia e intervención de los oyentes a través de teléfono, e-mail, redes sociales ... Son 55 minutos densos, muy densos.

Me consta que muchos internos agradecen este tipo de programas pues ayudan a mostrar un rostro diferente sobre la prisión y los presos al que nos quieren vender los telediarios o los periódicos, ¿consideras que este programa está ayudando a mostrar un rostro más cercano y realista del mundo de la cárcel?

Si hemos de hacer caso a las llamadas de los oyentes, a los correos electrónicos, y a las cartas de los presos ... creo que sí.

Y esa es nuestra finalidad: mostrar una realidad oculta y ocultada: el mundo de la prisión, de las víctimas, de los presos.

¿Qué tipo de feedback suele recibir de los oyentes al escuchar el programa? Imagino que muchos oyentes tal vez hayan sido víctima de delitos o consideran que los que están en la cárcel no tienen solución....

Hay opiniones de todo tipo: los que creen que defendemos derribar los muros de las cárceles, los que descubren que la cárcel tal como funciona ahora no tiene ningún sentido rehabilitador, los que han sido víctimas y están dispuestos a perdonar, o que nunca lo harán, los presos que nos escuchan y cuando salen de permiso nos llaman para agradecer que seamos su voz, las familias de los presos que tienen un altavoz para manifestarse ... es una riqueza total.

Sabemos que también os hacéis eco en el programa de testimonios, oraciones y textos escritos por los mismos internos.

¿Recibís muchas colaboraciones?,



¿cómo podrían colaborar los internos de las prisiones de Alicante?

Recibimos bastantes colaboraciones, y deseamos recibir más. Porque entre todos hacemos "Libertad a los cautivos". Las cartas que nos envían los internos (si así lo manifiestan) siempre las leemos en antena aunque cambiemos el nombre y no especifiquemos el centro penitenciario en concreto (tenemos miedo a perjudicar a los internos, pues sabemos que las represalias se pueden dar).

Si recibimos una oración le ponemos voz y la emitimos. Cualquier testimonio, escrito, reflexión, oración... será bienvenido y lo emitiremos.

(Pueden escribir a: José María Carod. SEPAP. Calle Rivadeneyra 6, 8º. 08002-Barcelona)

Gracias por tu tiempo y tu cercanía.

TENGO A UN HIJO EN PRISIÓN

Era un jueves cuando Óscar entró a robar en la tienda. Media hora después estaba llamando a su psicóloga de U.C.A. y le informaba de lo que había hecho. Ésta le animó a que se entregara y devolviera lo robado. Después se puso en contacto con el psicólogo municipal, Salva, que casualmente es conocido nuestro.

Fue él, Salva, el que esa misma tarde vino a contarnos que Óscar estaba detenido en el cuartel. Yo me había ido muy enfadada a trabajar porque una vez más Óscar no había venido a comer y esa vez no le guardé la comida para cuando llegara, sino que, tan enfadada estaba, que la tiré a la basura y ese día no iba a prepararle nada más.

Salva nos informó de que al día siguiente (viernes) lo llevarían al juzgado en Elche y que seguramente lo tendríamos en casa a la hora de comer.

'Aunque tengo libertad para moverme, siento que yo también estoy encerrada'

Esa noche fue la peor noche de mi vida. Mi cuerpo no paraba de temblar, y no era de frío, no podía controlarlo y mi mente no dejaba de pensar que mi niño (aunque tuviera más de veintidós años) estaba preso, no estaba fuera de casa por voluntad propia, sino que lo tenían encerrado, triste y solo.

El viernes Óscar no vino tampoco a la hora de comer. Nos llamó desde su móvil mientras lo trasladaban, no sé a dónde, en el coche de la Guardia Civil. Nos dijo que era un favor que le hacían los guardias civiles, ya que ellos también creían que volvería a casa, pero la fiscal y la jueza lo enviaban a prisión. Óscar nos dijo llorando que lo sentía mucho, nos pidió perdón por lo que había hecho

y se despidió de nosotros.

Yo no sabía qué hacer, tenía que ir a trabajar con esa angustia sin saber muy bien para dónde echar. Me acordé de un compañero mío del colegio que ahora era abogado y mandé allí a Joaqui (mi marido) para que saber qué se podía hacer.

Esa misma tarde-noche, sobre las ocho o las nueve se pasó por casa para decirnos lo que ya sabíamos: que lo encerraban en Alicante, que estaba muy arrepentido, pero que hasta el lunes no podía hacer nada más.

El sábado por la tarde yo ya no podía más. Mi marido no hablaba, se encerró como siempre en sí mismo y yo, como siempre, buscando una solución.

Ya ve, me preocupaba que mi hijo llevara tres días con la misma ropa, pensando que estaba solo y derrotado.

Así que empecé a pensar a qué puerta podía llamar y no sé por qué pensé en Roque, aunque nunca había hablado con él porque no era de mi parroquia, pero pensé que un cura joven podría saber cómo poder ponerme en contacto con mi hijo. Así que me fui a buscarlo y no lo encontré.

Después pensé en llamar por teléfono para conseguir el número de Alicante 1. Para entonces mi marido ya había reaccionado al ver que yo no paraba de salir, entrar y llamar por teléfono. Finalmente conseguimos el número de comunicación y nos concedieron una

cita para el domingo, en que podíamos ver a Óscar, que estaba en Preventivos, pero no podíamos llevarle nada.

Como no tenemos coche, mi siguiente paso fue buscar información de los autobuses que nos podían trasladar desde Alicante a la prisión, ya que desde Crevillent hasta Alicante existe línea regular, pero no tenía ni puñetera idea de cómo llegar a la prisión. Pero finalmente lo conseguí y el domingo pude ver a mi hijo.

Todo este rollo que le he soltado es tan solo para trasladarle mis dudas: si no fuésemos amigos de Salva, ¿quién nos hubiese informado de su detención?, si la Guardia Civil no le hubiese dejado llamar desde su coche durante el traslado, ¿quién nos hubiese informado?, si no me hubiese puesto a llamar por teléfono desde Información a unos y a otros hasta conseguir el de comunicaciones, ¿habría podido ver a mi hijo cuatro días después de su detención?

Somos una familia normal, supongo que lo que llaman de “clase media baja” y nuestros medios son limitados. Si no fuera porque conocía a Antonio, el abogado... Se portó muy bien con nosotros (aunque cobró lo suyo, no fue gratis) y nos atendió como abogado y amigo.

En prisión, antes de pasar por el detector de metales, para poder entrar a ver a Óscar existe un cartel donde pone que los presos solamente tienen que sufrir la falta de libertad pero que no pierden sus derechos como personas. Eso no es verdad, porque hasta nosotros, que somos visitantes, nos sentimos menospreciados por los funcionarios de prisiones. Nos hablan de mala manera, como si fuésemos “gilipichis” y no comprenden que lo que somos es ignorantes porque no creo que nadie



sepa por primera vez cómo es y funcionan las reglas en un centro penitenciario.

Reglas que según el personal pueden ser de una manera o de otra, dependiendo del humor de quien se encuentre en ese momento atendiendo a las visitas. Siempre te sientes pequeña e insignificante.

¿Quién tiene que saber que cuando dicen “paquetes” es una bolsa y no un paquete propiamente dicho?, ¿quién tiene que saber que tienes que estar una hora antes de la cita para poder entrar?, ¿quién tiene que saber qué clase de calzado puedes llevar para que no pite la dichosa maquinita?, etc.

Durante más de dos meses toda la familia -mi marido, mis dos hijas de diez años y yo- nos levantábamos los sábados a las siete de la mañana para coger el autobús de las ocho hasta Alicante y después coger el otro hacia la prisión, donde unos señores sin mirarte prácticamente a la cara nos despojaban de

todo y nos dejaban ver a Óscar a través de un cristal, rodeado de varios presos más, sin intimidad y enterándote de las conversaciones del resto de las visitas. En fin, según el cartelito no vulneraban ningún derecho.

Joaqui no quería que nadie, ni siquiera los amigos, supieran dónde estaba Óscar, así que mentimos a todos, menos a una parte muy reducida de la familia, como si hubiésemos sido nosotros quienes cometiéramos el delito. Dejé de ir a comprar al mercado de abastos, no salía a ningún sitio exceptuando a misa y poco más. No quería que nadie me preguntara por Óscar, pues no podía ni siquiera pronunciar su nombre sin echarme a llorar. En el trabajo dije que estaba con unos amigos en Valencia, y punto.

Fueron unos meses muy duros, pues Joaqui vivía en su mundo de “pobrecito de mí, qué desgraciadito soy”, y no quería que mis hijas sintieran mi dolor, así que como siempre, hala, a tirar para adelante sin lamentaciones, que no sirven de nada.

Lo único positivo de aquellos sábados de horas perdidas esperando en la sala de espera fue que también acudía una madre con sus tres hijos de unos siete, cinco y tres años más o menos, y como a mí me gustan tanto los niños, siempre me llevaba algún cuento o algún juego para entretenerlos hasta que podían entrar a ver a su papá.

Incluso alguna vez me preguntaron por qué nos veíamos allí y lamenté mucho no poder despedirme de ellos, pues la salida de Óscar fue muy inesperada, así que ese sábado seguramente se quedaron esperando mi llegada.

Realmente pude cogerles bastante aprecio y creo que ellos a mí también. Por eso creo que debería haber algo

para amenizar las esperas de los niños en esos sitios: voluntarios para acudir en los días de visita, como ocurre con los niños que están enfermos y reciben visitas en los hospitales de animadores, payasos, magos...

Todo esto ocurrió en el 2005. Ahora que está cumpliendo la condena, a causa de una pelea que tuvo por ser tan chulo, pocas cosas han cambiado.

La familia sabe dónde está, algunos amigos y poco más. No suelo salir de casa mucho y, aunque ahora no lloro al pronunciar su nombre, procuro no hablar de él porque me pesa mucho.

He optado por no ir a visitarlo, ya que es muy duro ver a tu hijo encerrado, sobre todo porque él no quiere corregir una conducta que se puede controlar a base de terapia y medicación.

Esto es lo que siento: un gran peso en el corazón. Aunque tengo libertad para moverme, siento que yo también estoy encerrada, pues un trozo de mí carece de libertad. Y si por una parte me siento aliviada (pues mientras está allí no puede meterse en más líos), otra está junto a él para que no se sienta abandonado y solo.

Existe una canción dedicada a una madre que creo que es la más hermosa que yo he escuchado. Aunque su historia no es para nada la mía, el estribillo vale para cualquier madre en cualquier situación.

La canción es de Victor Manuel y el estribillo dice así: “Qué te puedo dar que no me sufras, qué te puedo dar que no te hundas, que no vea en tus, ojos reflejos de cristal, que me mata tu angustia, que me puede tu mal. Qué te puedo dar...”

Un abrazo.

Carmen

XIV JORNADA REGIONAL DE PASTORAL PENITENCIARIA

Hace más de 2 décadas que la Pastoral Penitenciaria de la Comunidad Valenciana empezó a recorrer un camino en común. Por aquel entonces eran menos de la mitad los presos de España, eran muchos menos los voluntarios que regalaban su tiempo y su sonrisa entre los muros de la prisión.

Los capellanes católicos y la Pastoral Penitenciaria estaban dando sus primeros pasos en cuanto a su organización, estructura y andadura como Secretariado Nacional.

Desde hace más de dos décadas, los capellanes de Castellón, Valencia y Alicante decidieron aunar fuerzas para ir creciendo en común en este propósito de evangelización del medio penitenciario.

Fue entonces cuando empezaron a organizarse las Jornadas Regionales de la Comunidad Valenciana, primero con vocación de encuentro anual, y posteriormente, bianual.

Así, el día 28 de abril de 2012 tuvo lugar la XIV Jornada Regional de Pastoral Penitenciaria de la Comunidad Valenciana en el Monasterio de Santa María de El Puig (Valencia).

Fuimos más de 140 las personas que nos congregamos en este monasterio, primera parroquia de los padres mercedarios encomendada por el mismísimo rey Jaime I el Conquistador, para rezar juntos, reflexionar y para seguir aunando fuerzas y conocimientos con el fin de poder dar una mejor atención y un mejor servicio a los más de 8000 presos que habitan los 6 centros penitenciarios de la Comunidad Valenciana.

'Era conveniente profundizar en el estudio de la relación de ayuda para mejorar la atención a los reclusos'

Después de más de un año y medio de preparación pudimos celebrar esta fiesta de la Pastoral Penitenciaria, ya que estas jornadas se preparan en los encuentros y reuniones que, tres veces al año, tenemos los capellanes y directores de secretariado de las tres diócesis.

Pues bien, con el fin de mejorar nuestra atención y servicio a los reclusos, decidimos que era conveniente profundizar en el estudio de la **relación de ayuda**. Acercarnos al preso en clave de relación de ayuda nos invita a evaluar cuál es la relación que establecemos con los internos y cuál es la calidad de dicha relación.

Nos invita a preguntarnos si el camino andando junto a ellos es hecho desde el nefasto paternalismo y la lástima o desde la madurez que implica caminar junto al otro, respetándole, no queriendo solucionar su vida ni diciéndole lo que creemos que es mejor para él.

La formación siempre es importante, y la coordinación es fundamental para hacer un trabajo efectivo de todo el equipo.

Quien se convierte en francotirador en la prisión no sólo pone en peligro su propio trabajo, sino también pone en entredicho el trabajo del resto de su capellanía.

El lema que iluminó la jornada fue "Voluntariado de Pastoral de Justicia y libertad. Relación de ayuda e identidad".

Y la Jornada empezó con un largo tiempo de oración después de que formalmente se dio la bienvenida a los ponentes, asistentes y demás participantes.

'El camino junto al preso debe hacerse desde la madurez que implica respetar al otro'

Hecha la oración que nos invitaba a meditar sobre nuestra identidad cristiana en la prisión pasamos a compartir un refrigerio en el claustro del Monasterio.

Fue después cuando Yolanda Ruiz, doctora en Psicología, nos ayudó a reflexionar sobre la "relación de ayuda y la resiliencia", como ya hemos comentado.

Tras el debate con la ponente tuvimos oportunidad de visitar el Monasterio acompañados por el Padre Manolo Anglés, historiador de la Orden de la



Merced en la provincia de Aragón.

Posteriormente nos trasladamos al lugar donde compartiríamos experiencias y la comida.

Se celebró en un ambiente fraterno y distendido. La nota divertida la pusieron los voluntarios de Valencia, que se encargaron de preparar un momento de encuentro lúdico-festivo después de comer, en el que pudimos bailar, cantar y reírnos mucho...

Desde aquí, queremos agradecer al Secretariado Diocesano de Pastoral Penitenciaria de Valencia todo el trabajo que conlleva preparar una Jornada Regional.

Gracias al Padre Javier Palomares por su empeño y trabajo.

Gracias al resto de capellanes de Valencia por su acogida, y gracias por el trabajo anónimo de tantos y tantos voluntarios de Valencia que han hecho posible un día tan especial y de tanto provecho.

¡Nos vemos dentro de dos años en Alicante!

CARTA A MIS PADRES

Desde el Centro Penitenciario de Cuenca.

Buenas tardes, padre, madre:

Yo sabía que tenía unos padres buenos, pero ahora me doy cuenta de que tengo unos padres demasiados buenos, maravillosos.

Creo que no los merezco porque siempre lo he estado engañando, y ellos siempre me han perdonado, eso no lo hacen todos los padres.

Gracias por todo lo que estáis haciendo por mí. Si no fuera por vosotros lo estaría pasando muy mal.

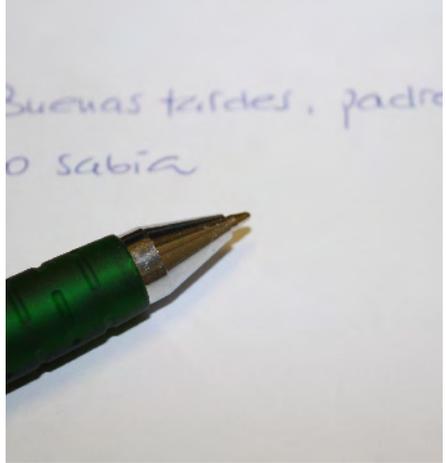
La cárcel es muy dura, y hay que estar aquí dentro para saber cómo se vive entre cuatro paredes. La gente dice que en la cárcel se vive bien porque te dan todo, de comer, etcétera. Pero estar entre cuarenta personas conviviendo es duro, porque tienes que estar con mil ojos: te roban, si pueden se apoderan de ti, puedes tener una pelea, te pueden sacar un pincho... Es duro, esto la gente desde fuera lo ve de otra manera.

Espero que entendáis bien la carta y muchísimas gracias por lo que estáis haciendo por mí.

Se despide vuestro hijo que os quiere con todo su corazón.

Antonio Vicente

(Extraído del programa "libertad a los cautivos" de Radio María).



LA LOCURA (Ganador concurso de relatos de Fontcalet)

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco?

La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embor-tarlos. Y mi oído era el más agudo de todos, oía todo lo que podía oírse en la tierra y en cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

-Escúchame -dijo el demonio, apoyando la mano en mi cabeza-

La región de la que hablo es una lúgubre región en Alicante, a orillas del río Algar. Y allá no hay ni calma ni silencio.

Las aguas del río están teñidas de un matiz azafranado y enfermizo, extrañas flores venenosas.

Era de noche y llovía y al caer era lluvia, pero después de caída era sangre. Y mis ojos se posaron en una enorme roca gris que se alzaba a la orilla del río. La roca era gris, espectral y alta. Miré hacia arriba y en lo alto de la roca había un hombre, me oculté entre los pinos para ver lo que hacía aquel hombre. El hombre era alto, majestuoso y estaba cubierto desde los hombros a los pies con la toga de la antigua roma. ¿Por qué afirman que estoy loco?

B. M. R. Mod.3



CEU
Universidad
Cardenal Herrera



Parroquia Penitencia de Orihuela-Alicante



DIOCESIS
D'ORIHUELA-
ALICANTE